

## La crítica textual en Bizancio (II)

POR

G. MOROCHO GAYO

«Durante más de mil años, desde finales del siglo iv a mediados del siglo xv, el imperio bizantino fue la sede de una civilización que descollaba entre todas, una de las más brillantes sin duda que conoció la Edad Media, y quizá la única que en realidad conoció Europa entre fines del siglo v y principios del xi. En efecto, en ninguna otra parte durante la Edad Media se conservó más íntegramente que en Bizancio la tradición del mundo antiguo. En ninguna otra parte se mantuvo mejor el contacto directo con el helenismo» (1).

Estas palabras de Carlos Diehl pueden servir como prólogo para abordar los procedimientos de crítica textual en la época bizantina. Efectivamente, desde la fundación de Constantinopla se instalaron en la ciudad del Bósforo profesores de gramática, retórica y filosofía. Temistio, en el *discurso IV* 59 b-61 d, agradece al emperador haber reunido en la nueva capital una importante colección de obras de la literatura antigua: Platón, Aristóteles, Demóstenes, Tucídides, Homero, Hesíodo, Zenón y Cleantes.

En el *scriptorium* imperial organizado y subvencionado por el Estado, copistas y calígrafos copiaban y transcribían las obras de los antiguos poetas, historiadores, filósofos y oradores más importantes. A esta época remontan, según Dain y la escuela francesa, la mayor parte de

---

(1) C. DIEHL, *Grandeza y servidumbre de Bizancio*, Madrid, 1963, pág. 205.

los arquetipos de las obras de los autores griegos. Con la implantación de la Universidad de Constantinopla a partir del 395 los estudios gramaticales y filológicos conocen un nuevo renacimiento que durará hasta la época de Justiniano, quien ordenó cerrar la escuela de Atenas el año 529.

## 1. LA ENSEÑANZA ESCOLAR Y SUS TEXTOS

La enseñanza escolar a nivel medio y superior así como sus métodos y programas continuaron fieles a la tradición de época helenística y romana (2). Fue la escuela la que en gran medida determinó que se conservaran unos textos y se perdieran otros. Los poetas, sobre todo Homero, y demás autores de época clásica continuaron estudiándose en las escuelas como modelo, incluso en centros de la Iglesia (3).

La edición escolar ha sido un fenómeno corriente desde Alejandría hasta la invención de la imprenta. Estas ediciones escolares se confeccionaban en la escuela y para la escuela. Si hemos de dar crédito a Marrou (4), parece que las técnicas eran más o menos las siguientes:

1.<sup>a</sup> Maestros y discípulos corregían sus textos los unos sobre la base de los otros para establecer un texto único y válido para todos. A esta tarea se la llamaba *diórtosis*.

2.<sup>a</sup> Se distinguían en el texto miembros y períodos para facilitar una declamación expresiva, ya que la recitación era ejercicio obligado en muchos programas. Ejercicio que se denominaba *anagnórisis*.

3.<sup>a</sup> Se comentaba al autor palabra por palabra y se trataba de precisar la construcción, determinar el valor de los casos y explicar las palabras poéticas y giros más difíciles y extraños a la lengua común. A este ejercicio se le denominaba *exégesis*. Parece que las glosas interlineales y los escolios marginales de nuestros manuscritos corresponden a los dos niveles de *exégesis*, es decir, la literal y la literaria.

4.<sup>a</sup> Finalmente, la *krísis* o crítica literaria que para Dionisio Tracio constituía «lo más bello del arte del gramático», era la última y más importante de las tareas escolares.

El comentario escolar era, por lo general, un resumen de otros co-

(2) L. BREHIER, «Notes sur l'histoire de l'enseignement supérieur à Constantinople», *Byzantion*, 3, 1926, págs. 73-94, y del mismo autor «L'enseignement supérieur à Constantinople dans la dernière moitié du XV<sup>e</sup> siècle», *Revue Internat. d'Enseignement Sup.*, 1899, págs. 97-112.

(3) L. BREHIER, «L'Enseignement classique et l'enseignement religieux à Byzance», *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses*, 1941, págs. 34-69.

(4) *Historia de la Educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, 1970<sup>2</sup>, págs. 3-15.

mentarios más amplios: los *hypomnēmata* de los maestros de la alta filología helenística. La orientación que la escuela bizantina dio a estos comentarios es fundamentalmente estética y moralizante, con pretensiones de erudición, según puede apreciarse en la mayor parte de los escolios marginales de nuestros manuscritos, muchos de cuyos comentarios remontan a esta época de finales de la antigüedad.

La actividad docente de los siglos IV al VI p. C., época en que maestros y alumnos se desplazaban de escuela en escuela por todo el oriente, determinó sin duda que la circulación de libros fuera notable. Durante este período se compusieron varios léxicos y glosarios especiales de varios géneros literarios, así como otras obras de notable importancia en orden a la *emendatio* de los escritores clásicos.

## 2. LA SELECCION DE OBRAS EN LA UNIVERSIDAD DE CONSTANTINOPLA

Hoy en día parece comprobado que fue a finales del siglo V y comienzos del VI cuando se realizó la selección de las tragedias, que nos han llegado en el *Laurentianus* 32,9, para Esquilo y Sófocles, y en el *Parisinus gr. 27,13* para Eurípides. Tal es el punto de vista que han sostenido Wartelle (5) y Tuilier (6), frente a la conocida hipótesis de Wilamowitz (7), según la cual la selección se habría realizado en el siglo II de nuestra Era. Los nuevos descubrimientos papirológicos, un estudio más atento y cuidadoso de los testimonios de la tradición indirecta y las nuevas aportaciones de la historia de los textos han modificado el punto de vista tradicional y hacen insostenible la hipótesis de Wilamowitz (8).

Es evidente que el mundo bizantino ha gravitado desde los primeros tiempos de su historia en torno a Constantinopla, donde se copiaron la mayor parte de los manuscritos griegos cuyas copias nos han lle-

(5) *Histoire du Texte d'Eschyle*, Paris, 1971, págs. 341-346.

(6) *Recherches critiques sur la tradition du texte d'Euripide*, Paris, 1969, página 97: «Fue en Constantinopla, hacia el 450, donde ha debido hacerse la selección al copiar sobre un *codex* varios *volumina*, arquetipos que iban a servir de modelo a ediciones ulteriores de las siete obras de cada uno de los trágicos».

(7) *Einleitung in die griechische Tragödie*, Berlín, 1921 (reeditado en 1959), pero publicado por primera vez en *Euripides-Herakles*, I-IV, Berlín, 1889, pág. 175: «a principios del siglo II alguien seleccionó, entre los tres trágicos, un número determinado de obras y los editó con un comentario y con un orden fijado de nuevo, por una finalidad escolar». Frente a esta hipótesis de Wilamowitz cf. las reservas de G. ZUNTZ, en *An Inquiry into the Transmission of the Plays of Euripides*, Cambridge, 1965, pág. 256.

(8) G. MOROCHO GAYO, *Scholia in Aeschylus Septem Adversus Thebas*, Tesis Doctoral, Salamanca, 1975, págs. 41-48.

gado (9). La Universidad de Constantinopla como el museo de Alejandría en época helenística poseía sus ediciones oficiales, ejemplares establecidos por profesores en el ejercicio de sus funciones. Esta es al menos la tesis de la escuela francesa, doctrina que a nuestro juicio constituye una aportación definitiva desde el estudio de la historia de los textos.

### 3. LA CODIFICACION Y SUS CONSECUENCIAS

La gran novedad de las ediciones bizantinas sobre las helenísticas radica en la codificación y sus consecuencias. Los *libelli* litúrgicos, los espléndidos códices que nos han llegado de la Biblia, como los famosos *Vaticanus* y *Sinaiticus* del siglo IV y el *Alexandrinus* del siglo V, nos ilustran admirablemente sobre las características de estas primeras ediciones bizantinas (10). Los autores clásicos están representados por la *Iliada* Ambrosiana, el Dión Casio de la Biblioteca Vaticana y el *Dioscurides de Viena*, además de algún otro tratado científico y de una docena de fragmentos de diferentes autores.

Durante esta época (siglo V-VI p. C.), predomina en los textos literarios al igual que en la época anterior, la escritura uncial, con letras de altura y anchura uniformes y notas marginales en cursiva, de la cual tenemos un ejemplar: el *Vaticanus 2200*. A partir de esta cursiva derivará la minúscula literaria que aparece y se generaliza a principios del siglo IX y perdura hasta mediados del siglo X.

El texto de los códices en uncial, con toda verosimilitud, fue copiado de volúmenes de papiro cuya letra se imitaría. Se produce, por lo tanto, un cambio en el material de la escritura y en la forma del libro. Faltan acentos y signos de puntuación, y en aquellos casos en que actualmente existen, fueron añadidos por una mano posterior que retocó también la escritura de algunas letras (11).

El *Vaticanus* y el *Sinaiticus* de la Biblia están escritos a tres columnas por página y tienen de 12 a 16 letras por línea. A esta forma de escritura por líneas de sentido más o menos largas, se le denomina *stichedón* o escritura *per cola et commata*, de la que guardan vestigios

(9) G. PASQUALI, *Storia della Tradizione e Critica del Testo*, Firenze, 1934, 1952<sup>2</sup>, pág. 474.

(10) W. H. P. HATCH, *The principal Uncial Manuscripts of the N. T.*, Chicago, 1939.

(11) G. CAVALLO, *Ricerche sulla maiuscola biblica*, Firenze, 1967, y M. NORSI, *La scrittura letteraria greca del sec. IV d. C.*, y E. ROBERTS, *Greek Literary Hands*, A. D. 400, Oxford, 1956.

algunos códices medievales como el *Parisinus* 2934 de Demóstenes. Gramáticos antiguos y escoliastas aluden a ella como a un hecho muy generalizado (12).

Sobre la antigüedad de este procedimiento nos habla ya Eusebio de Cesarea, quien nos dice que los *Hexapla* de Orígenes estaban escritos en *cola*. Pero es San Jerónimo (13) quien nos expone más ampliamente el sistema de puntuación, generalizado entonces en los escritos en prosa:

«Nadie cuando lea a los profetas crea que en hebreo están compuestos en verso. Lo mismo acontece con los salmos y las obras de Salomón. También las obras de Demóstenes y de Cicerón se escriben *per cola et commata*, aunque estos autores escribieron en prosa y no en verso. Eso mismo hemos hecho nosotros (con los autores sagrados) para utilidad de los lectores, presentando sus escritos en una nueva modalidad de escritura» (14).

En función de esta forma de presentar los escritos, varios siglos después, definiría la *Suda* el *kôlon* como «grupo de palabras o de sílabas que forman un conjunto inteligible al primer golpe de vista».

Probablemente, al igual que sucedió en Alejandría con el establecimiento de la colometría para la poesía lírica y partes corales de la tragedia y la comedia, en que la distribución corresponde a determinadas teorías rítmicas y métricas, es presumible que la forma de escritura que presentaban las obras en prosa *per cola et commata*, respondiera a determinadas teorías del período. Faltan estudios que aborden este tema, pero nos parece significativa la circunstancia de que esta forma de escritura se realizara principalmente en la oratoria. Gorgias e Isócrates, grandes oradores, fueron los primeros teóricos del *kôlon* y del período, y probablemente presentaron ya sus escritos en la forma en que solía presentarse la poesía no lírica. No obstante, es obvio, como asegura San Jerónimo, que la finalidad de esta escritura *stichedón* o *sticherón*, era facilitar la lectura y hacer inteligibles los textos en el recitado. En efecto, la escritura en línea plena no concedía descanso a la vista y requería un gran esfuerzo de atención por parte del lector.

Así, pues, en las ediciones de la antigüedad podemos distinguir tres formas en la presentación de los escritos en prosa:

1.<sup>a</sup> La colocación de una frase a continuación de otra sin ningún tipo de división.

(12) Cf. Escol. al *Quersoneso* de Demost. 23, y sobre toda esta cuestión cf. R. DEVRESSE, *Introduction à l'étude des manuscrits grecs*, París, 1954, págs. 61-65.

(13) E. ARNS, *La technique du livre d'après Saint Jérôme*, París, 1953.

(14) Cf. MIGNE, *P. L.*, XXVIII, 825.

2.<sup>a</sup> La presentación por línea de sentido o escritura colométrica, llamada *stichedón* o *sticherón*.

3.<sup>a</sup> La forma *esticométrica* o colocación de una frase a continuación de otra sin excluir las citas poéticas, en líneas de 34 a 38 letras, como suele ser la longitud de los versos de Homero, escritos *kata stichon* y no *kata kôlon*. Esta forma de escritura la tenemos atestiguada en los papiros de Herculano y en otros muchos procedentes de Egipto. Al final de estos papiros encontramos un *arithmós*, o cómputo de letras por línea, cuya longitud media suele ser de 34 a 38 letras. Referencia idéntica encontramos en el *Parisinus gr.* 2934 de Demóstenes.

Novedad tan importante como la codificación y la forma colométrica de escritura en las ediciones de este período la constituye la incorporación de los comentarios en los márgenes de los códices. En efecto, desde finales del siglo V y comienzos del VI, los comentarios de la alta filología que tan sólo esporádicamente acompañaban al texto sobre todo en ediciones de tipo escolar, pasan ahora a engrosar los amplios márgenes de los códices y se van a transmitir juntamente con el texto que comentan. Termina, pues, su existencia en *volumina* independientes y los manuscritos medievales, dedicados únicamente a transmitir escolios serán un hecho aislado.

Wartelle está de acuerdo con Wilamowitz cuando sostiene que, al hacerse la selección trágica, se escribió también el *corpus* de escolios (15). El contenido de estos escolios versa sobre traducción de palabras poéticas en vocabulario de prosa, explicaciones mitológicas sobre dioses y héroes, prosopografía de personajes históricos, erudición etimológica generalmente falaz y, sobre todo, paráfrasis a los diferentes pasajes. No faltan tampoco cuestiones de tipo gramatical y lexicográfico y a veces diversas variantes de un pasaje que constituyen verdaderas perlas para el crítico del texto correspondiente.

Contemporánea de la selección de obras y de la costumbre editorial de acompañar el texto con los consiguientes comentarios, fue también la práctica de añadir al principio de cada obra los argumentos o *hypothéseis* que en su origen formaban colecciones independientes. Estos argumentos se distinguían de los de Aristófanes de Bizancio, que en el caso de la tragedia solían ya preceder en las ediciones helenísticas a los dramas (16). A las variantes de la filología alejandrina se las hizo preceder de la indicación  $\gamma\rho$ . y se anotaron, además, otros pequeños comentarios

(15) WARTELLE, *op. cit.*, págs. 341-346.

(16) G. ZUNTZ, *The Political Plays of Euripides*, Manchester, 1955, págs. 129 y siguientes.

marginales entre el texto propiamente dicho y el texto del comentario, así como en el margen exterior, superior e inferior del folio.

También se escribieron, al parecer, simples glosas que con el tiempo darían lugar a paráfrasis más extensas. Estas glosas suelen precisar el texto desde un punto de vista morfológico, sintáctico y lexicográfico.

No en vano la *Suda* sugiere cambios decisivos en la tradición literaria del siglo v, cuando a propósito del gramático Eugenio, nos dice que éste estableció nuevamente la colometría de las partes líricas de quince tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides (17), y si nos atenemos a la hipótesis de Dain (18), serían cinco dramas por cada uno de los trágicos.

Parece que en esta época, siglo iv al vi, era muy frecuente el que un sólo *codex* de pergamino contuviera reunidas cinco obras de un autor, diseminadas antes en cinco *volumina* diferentes de papiro (19). Igualmente, y con toda verosimilitud, la tríada de obras de un autor tan frecuente en la baja Edad Media para las obras teatrales, parece que remonta a esta época, según la opinión de Turyn (20).

Hoy es opinión común la afirmación de que la tríada es antigua en la historia del libro, al igual que las tetralogías (21).

En conclusión, podemos decir que la nueva forma de presentación de escritura, el dotar al texto de comentarios y hacerle preceder de argumentos nuevos, el anotar las variantes y crear nuevas glosas y la formación de nuevos tipos de colometría en la tragedia, constituyen las principales características externas de las ediciones bizantinas de los siglos v y vi. Son éstas, pues, una síntesis de los trabajos de la filología anterior. En cuanto a los métodos y procedimientos de crítica interna, creemos que siguieron siendo idénticos a los de la filología helenística. La civilización bizantina hasta la época de las cruzadas se caracterizó por su tendencia conservadora y por el rechazo de toda innovación en los procedimientos internos de crítica textual. Su tarea fue fundamentalmente una labor de recopilación y de selección. Podemos decir que

---

(17) Para algunos filólogos los 15 dramas de que habla la *Suda* serían la tríada de Esquilo (*Prometeo, Persas, Siete*), la de Sófocles (*Ajax, Electra, Edipo Rey*) y la selección de Eurípides (*Hécuba, Orestes, Fenicias, Hipólito, Medea, Alceste, Andrómaca*) con *Reso y Troyanas*, así entre otros C. H. MOORE, en «The Shorter Selection of Euripides Plays», *C. R.*, 19, 1905, págs. 11-12 y A. TUILLER, *op. cit.*, página 109.

(18) *Sophocle I*, París, 1955, pág. 129.

(19) A. DAIN, *Maia*, 15, 1963, pág. 294.

(20) A. TURYN, *The Byzantine Manuscript Tradition of the Tragedies Euripides*, Urbana, 1957, pág. 329.

(21) A. TUILLER, *op. cit.*, pág. 112, y C. WENDEL, *Scholía in Apollonium Rhodium*, Berlín, 1935, pág. 329.

así como el mundo bizantino codificó el derecho romano y estableció el canon de los libros sagrados, igualmente codificó la antigua literatura griega, determinando y canonizando las obras que debían estudiarse en la escuela. Las obras que no se copiaron en los nuevos códices de pergamino se perdieron para siempre, excepto aquellas que quedaron enterradas en las arenas de Egipto y cuyos fragmentos nos ha devuelto la moderna papirología.

La mayor innovación la constituyó la sustitución del *volumen* de papiro por el *codex* de pergamino. Y las técnicas de edición, así como las novedades a que nos hemos referido antes, están en función del nuevo material de escritura, y no en relación de nuevos criterios filológicos o de crítica textual que siguieron siendo los mismos que los del período helenístico.

Frente a las grandes creaciones de la época anterior, reiteramos que la tarea que en Bizancio se llevó a cabo fue la de conservación, selección y compendio de la literatura antigua. De todas formas el número tan exiguo de textos que nos ha llegado, perteneciente a los siglos IV-VIII, aunque no nos permite formular muchas hipótesis sobre los procedimientos seguidos en la crítica interna, sí nos muestran, en cambio, su perfección y belleza externas, comparables a lo que representa la iglesia de Santa Sofía en la historia del arte: Una espléndida muestra del gusto y quehacer de una época.

#### 4. LA DIFUSION DE LIBROS EN LA ANTIGÜEDAD TARDIA

H. I. Marrou estudia para el mundo latino la técnica de edición en época patristica (22). En su artículo recoge y critica la bibliografía más importante publicada hasta entonces sobre el tema: la obra de J. de Chellinck (23), el artículo de F. W. Beare (24) y los de G. Bardy (25). Para Marrou no se distinguía la técnica de edición o libros extensamente difundidos entre el público y la transcripción privada (26).

En lo referente a la difusión, es verdad que la transcripción manus-

(22) «La Technique de l'édition à l'époque patristique», *Vigiliae Christianae*, 3, 1949, 208-224.

(23) *Patristique et Moyen Age. Etudes d'histoire littéraire et doctrinale*, t. II, *Introduction et compléments à l'étude de la patristique*, Bruselas-Paris, 1947.

(24) «Books and publication in the ancient world», en *University of Toronto Quarterly*, 1945, págs. 150-167.

(25) «Copies et éditions au v<sup>e</sup> siècle», en *Revue des Sciences Religieuses*, 1949, así como su artículo anterior: «Editions et reeditions d'ouvrages patristiques», *Revue Bénédictine*, 1935, págs. 356-380.

(26) *Art. cit.*, págs. 212-215.

crita no permitía obtener un número tan amplio de copias como sería posible después de la invención de la imprenta, pero no por ello puede negarse que, posteriormente, en la Edad Media latina de los siglos XIII y XIV, era corriente la técnica de fabricación de libros manuscritos en serie. No obstante, para Marrou, en la antigüedad, la edición de libros en serie parece un hecho todavía no demostrado y editar un texto consistiría en fijar definitivamente el contenido de dicho texto, procurar que se hiciera una copia muy cuidada del mismo y poner en circulación dicho ejemplar, arquetipo de otras copias (27).

La tesis de Marrou se basa fundamentalmente en una carta que precede al texto de *La ciudad de Dios*, de San Agustín, y en la que éste nos dice que sometió la obra a una revisión después de haber sido publicada ya (28). El testimonio es irrefutable, pero no por ello parece que las conclusiones de Marrou puedan generalizarse y aplicarse a todo tipo de textos. H. L. M. van der Valk, en contestación al artículo del estudioso francés, ha examinado una serie de textos de Marcial, cuyos libros de epigrama fueron publicados de modo sucesivo y por separado (29). Efectivamente, en varios pasajes del epigramista latino se alude a lo que podríamos denominar edición barata y edición de lujo, y llama la atención de su editor sobre determinados aspectos técnicos de su obra.

Van der Valk somete a crítica la tesis de Marrou y los testimonios en que se apoya, analiza, además de los textos de Marcial, otras fuentes clásicas. En base a este estudio podemos considerar como cierta frente a la hipótesis de Marrou la doctrina ya tradicional de Dain (30) y T. C. Skeat (31), quienes defendieron que el procedimiento del dictado a un grupo de esclavos especializados se empleó normalmente en la antigüedad, pero no sería empleado en la Edad Media bizantina. Así, pues, podemos considerar como segura la producción de libros a gran escala. Esta es, por lo tanto, la tesis tradicional desde principios de este siglo a partir de los estudios de Th. Birt (32) y K. Dziatzko (33), según los cuales puede hablarse de «métodos de edición y de difusión de la

(27) *Ibidem*, pág. 221.

(28) *Ibidem*, págs. 217-222.

(29) «On the edition of books in Antiquity», *Vigiliae Christianae*, 11, 1957, págs. 1-10.

(30) *Les Manuscrits*, París, 1949, págs. 19-21.

(31) «The Use of Dictation in Ancient Book Production», *Proceeding of the British Academy*, 42, 1956, págs. 179-208.

(32) *Das Antike Buchwesen*, Berlín, 1882, reimpr. 1947.

(33) *Untersuchungen über ausgewählte Kapitel des antiken Buchwesens*, Leipzig, 1900. Pueden verse también los artículos firmados por el autor en la *RE* s. v. «Bibliotheken», «Buch», «Buchhandel».

literatura antigua». En esta dirección apuntan también estudios modernos como los de A. F. Norman (34) y los de G. Cavallo (35).

## 5. LOS ARQUETIPOS

Para Dain y la escuela francesa los manuscritos de nuestra tradición medieval remontan a estos códices en pergamino de la Universidad de Constantinopla de los siglos v y vi, algunas de cuyas características hemos reseñado. Estos códices del siglo v llamados arquetipos, herederos de los ejemplares de la filología de época helenística y romana, denominados a su vez prearquetipos, serían los modelos de los códices minúsculos de la época de la transliteración. Por su parte, estos prototipos constituirían la base de nuestros códices medievales. No obstante, la historia de las ediciones parece bastante más compleja y no se puede confundir la historia de los textos con la historia de los ejemplares de bibliotecas, como ha señalado H. Erbse (36) frente a la Escuela francesa.

No es verosímil que la biblioteca de Constantinopla utilizara solamente ejemplares procedentes del museo alejandrino y tampoco puede sostenerse que los sabios del siglo ix utilizaran únicamente los arquetipos de la biblioteca imperial, escritos cuatro o cinco siglos antes. Conservamos los textos más reproducidos y más leídos, pero éstos, tal vez, no sean los que se conservaron en las bibliotecas como ejemplares oficiales. Copistas que desarrollaron su actividad en áreas alejadas del imperio, frecuentemente nos ofrecen textos excelentes y los modelos que les sirvieron de base sin duda que no fueron los ejemplares oficiales de la biblioteca de Constantinopla. Los diferentes escolios a diversos autores transcritos durante el siglo ix y siguientes en algunos casos, hacen pensar que los escribas a veces trabajaban con diversos arquetipos. Por otra parte, los papiros y la tradición indirecta nos muestran lecturas que a veces coinciden con varias recensiones bizan-

(34) «The Book Trade in Fourth-Century Antioch», *JHS*, 80, 1960, 122-123.

(35) «Libro e publico alla fine del mondo antico», en *Libro, editori e Publico nel Mondo Antico*, Roma-Bari, 1975, págs. 83-130. Artículo igualmente básico para todo este periodo es el de C. H. ROBERTS, «The Codex», *Proceedings of the British Academy*, 40, 1955, págs. 169-204, así como el libro de G. G. KENYON, *Book and Readers in Ancient Grece and Rome*, Oxford, 1951<sup>2</sup> y el de E. BETHE, *Buch und Bild im Altertum*, Amsterdam, 1964.

(36) *Geschichte der Textüberlieferung der antiken und mittel alterlichen Literatur*, vol. I. Zurich, 1961, págs. 212-214. (Además de ERBSE, colaboran en esta H. BODMER, H. UNGER, O. STEGMULLE, H. IMHOF, M. BUCHNER y K. RUDIGER. Constituye una excelente introducción a los diversos problemas que conciernen al libro antiguo, su forma, su producción y difusión. Se abordan problemas importantes para la crítica textual.)

tinias y frecuentemente con las más tardías, en clara discordancia con los manuscritos que reproducirían el único arquetipo antiguo.

## 6. SIGLOS OSCUROS (37)

Un duro golpe para las letras clásicas lo constituyó el decreto de Justiniano prohibiendo el paganismo de los *hellenes* y ordenando el cierre de las escuelas paganas, como la famosa Academia de Atenas, en el año 529. La dispersión de los maestros, la destrucción de las imágenes de los dioses y la quema de los libros del paganismo fueron una serie de consecuencias que siguieron a la decisión imperial. En este reinado el renacimiento que había comenzado en Constantinopla bajo Constantino llega a su fin. Podemos decir que a finales del siglo VII tiene lugar la ruina de la cultura antigua. La enseñanza impartida en los monasterios seguía imbuida por la tradición clásica, la cual sufrió también un duro golpe como consecuencia de la invasión árabe y de las consiguientes luchas para detener su avance.

El griego era desconocido desde hacía tiempo en España, Inglaterra e Irlanda, así como en Francia, y en Italia desde la caída del exarcado de Rávena en 751. Puede decirse que el mundo latino se replegó en sí mismo y sobre el latín y que el occidente medieval no tuvo conocimiento de la lengua y literatura griegas (38).

El Islam conocería la cultura griega a través de textos en pehlvi, coptos y siriacos. Desde finales del siglo VIII se desarrolla un gran movimiento de traducciones del siriano al árabe, principalmente en las obras de contenido científico y filosófico. Bibliotecas como las de

---

(37) Véase nuestro artículo: «Consideraciones sobre helenismo y Edad Media», publicado en otro lugar, con abundante bibliografía sobre el tema, de la que podrían resaltarse una serie de obras clave, como la de P. LEMERLE, *Le Premier Humanisme Byzantine*, París, 1971, págs. 19-30; R. R. BOLGAR, *The classical Heritage and its Beneficiaries*, Cambridge, 1954; J. FONTAINE, *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne Wisigotique*, París, 1959, págs. 756 y s.; A. DAIN, «Le Moyen Age Occidental et la tradition manuscrite grecque», *Association Guillaume Budé. Congrès de Nice*, 1935, págs. 358-378; J. IRIGOIN, «L'Italie meridionale et la tradition des textes antiques», *Jahrb. der Oester Byzantinistik*, 18, 1969, págs. 37-55 y del mismo autor, *Les Manuscrits grecs de l'Italie Meridionale*, Vaticano, 1955, página 18. Véase cita siguiente.

(38) N. G. WILSON, «The Libraries of the Byzantine World», *GRBS*, 8, 1967, págs. 53-80; A. DAIN, «La transmission des textes litteraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète», *Dumbarton Oaks Papers*, 8, 1954, págs. 33-47; B. HEMMERDINGER, «La culture grecque classique du VIII<sup>e</sup> au XI<sup>e</sup> siècle», *Byzantion*, 34, 1964, págs. 125-133; R. BROWNING, «Ignace le diacre et la tragédie classique à Byzance», *REG*, 81, 1968, págs. 401-410; J. IRIGOIN, «Survie et renouveau de la litterature à Constantinople (XI<sup>e</sup> siècle)», *Cahiers de la Civilisation Médiévale*, 5, 1962, págs. 287-302.

Bagdad dispusieron de manuscritos griegos. No obstante, el Islam permaneció fuera del ámbito del mundo estético de los griegos y a no ser que los estudios en curso nos deparen alguna sorpresa se puede decir que la poesía épica y lírica, el teatro, la elocuencia griegas fueron desconocidas (39).

Humain Ibn Ishaq, el Johannitius de las traducciones latinas de la Edad Media, al parecer, permaneció en Constantinopla algunos años, a fin de perfeccionar sus conocimientos de la lengua griega. Cristiano nestoriano es verosímil que conociera también el persa y el siríaco, además del árabe, según el estudio de G. Wiet (40). El califa Mutawakil lo nombró director de una «escuela de traductores». En la Introducción a los *Aforismos* de Hipócrates nos informa sobre los procedimientos que seguía en sus traducciones: no cambiar ni añadir nada nuevo al texto, y en los pasajes oscuros consultar y recurrir a otros manuscritos griegos, solicitando la ayuda de los expertos.

Humain Ibn Ishaq se encuentra con un pasaje en el que Galeno cita unos versos de Aristófanes. El manuscrito griego que le servía de base era defectuoso y presentaba una laguna tan grande que al traductor le resultaba imposible restablecer el pasaje. No obstante, Humain trata de subsanar el texto, ya que conoce la manera habitual en la que Galeno suele escribir y lo corrige también teniendo en cuenta las opiniones similares que encontraba en otros manuscritos. Era, por lo tanto, el suyo un método moderno de filología y de crítica textual (41).

Los manuscritos, sin duda numerosos en monasterios nestorianos y jacobitas, paulatinamente debieron desaparecer entre los siglos V-VIII. En algunos casos serían reemplazados por versiones en siríaco y traducidos posteriormente al árabe. En cuanto a la importancia de estas traducciones para la crítica textual, bastaría reseñar el hecho que se observa en la *Poética*, de Aristóteles, y otros escritos traducidos al árabe a través del siríaco. Estas versiones se han revalorizado y nos han proporcionado una serie de lecturas excelentes que eran rechazadas como conjeturas de humanistas. En efecto, Nallino ha demostrado cómo los traductores de la *Poética* no encontraron términos técnicos equivalentes en árabe para designar los géneros de la poesía griega (42). Hoy

(39) F. GABRIELI, «Estudios recientes sobre la tradición griega en la civilización musulmana», *Al-Andalus*, 24, 1959, págs. 127-318. Cf. también G. H. BUSQUET, *Clasicismo et déclin culturel dans l'histoire de l'Islam*, París, 1957, pág. 185.

(40) «Les traducteurs arabes et la poésie grecque», *Melanges. Revue Montreale (Mel. Univ. Joseph de Beyrouth)*, 38, 1962, págs. 362-368.

(41) M. MEYERHOF, «La version arabe d'un traité perdu de Galien», *Byzantion*, 13, 1926, págs. 415-435.

(42) *Littérature Arabe*, trad. Pellat, pág. 257, apud G. WIET.

resulta evidente que los árabes no comprendieron la *Poética*, de Aristóteles. El traductor no conocía el pensamiento del Estagirita ni entendía las particularidades y matices de determinadas palabras. Se limitaba a seguir el texto con un rigor que inspira credibilidad absoluta, y por eso, la traducción árabe de la *Poética* ha permitido recuperar una serie de lecturas auténticas.

No obstante, y como resultado de todo lo dicho en este epígrafe podríamos concluir con estas palabras de P. Lemerle (43): «fue en el Oriente griego, en Bizancio y no en Occidente ni en el mundo islámico donde no se dejó de hablar griego y donde las obras de la Grecia antigua alimentaron la enseñanza de los gramáticos y rétores».

## 7. MANUSCRITOS EN MINUSCULA Y TRANSLITERACION

Si todo manuscrito constituye una edición única y con características peculiares, es necesario, en primer lugar, agrupar cronológicamente los códices para precisar mejor un conjunto de rasgos generales.

Van Groningen (44) ha clasificado los manuscritos griegos en cuatro apartados básicos: *vetustissimi* (correspondientes a los siglos IX, X, XI primera mitad, es decir, del 800 al 1050); *vetusti* (siglo XI segunda mitad, XII y primera mitad del XIII, por lo tanto correspondientes a los años 1050-1250); *recentiores* (desde la segunda mitad del siglo XIII hasta la caída de Constantinopla, esto es, desde 1250 a 1450); y por último, *códices novelli* (manuscritos copiados, a partir de 1450, coetáneos de las ediciones príncipes, ejecutadas a veces por expertos escribas, y destinados con frecuencia a ricos mecenas).

Siguiendo esta terminología, A. Turyn ha clasificado de idéntica manera los manuscritos de Sófocles en el libro consagrado al trágico ateniense (45).

No vamos a detenernos en las características externas o paleográficas que distinguen a cada uno de estos grupos de códices. Anteriormente nos hemos referido al *Vaticanus 2200*, cuya minúscula literaria representa un hito importante en la sustitución de la uncial por la minúscula. Se puede comprobar que la cursiva bizantina se había utilizado anteriormente en diplomas y documentos, pero es en el siglo IX y más concretamente entre 813 y 843, cuando un tipo determinado de cursiva ad-

(43) *Op. cit.*, pág. 43.

(44) *Short Manual of Greek Paleography*, Leiden, 1940, págs. 34-42.

(45) *The Manuscript Tradition of the tragedies of Sophocles*, Roma, 1970, página 101.

quiere una nueva estilización y sirve de vehículo normal para los textos literarios (46).

El más antiguo testimonio fechado en este tipo de escritura es el Evangelio de Uspenkij (*Leninopolitanus*, 219) terminado de copiar en Constantinopla el 7 de mayo del año 835.

Los fenómenos de transliteración (*metacharakterismós*) dan lugar a una serie de hechos importantes en el campo de la crítica textual. Si en el sistema de unciales se confundían fácilmente las letras ΑΛΔ ahora el mayor número de confusiones tendrá lugar entre ν/υ, ζ/ξ, ω/ο/οι. Pero tal vez el hecho más llamativo de las nuevas ediciones sea la regularización del sistema de acentuación. Espíritus, acentos, apóstrofe y otros signos ortográficos empleados anteriormente de forma esporádica, se generalizan ahora. También se introduce el uso de abreviaturas en final de palabra, con lo que se ganaba tiempo y espacio. Las abreviaturas más frecuentes son unas treinta y cinco (47). En los términos científicos y en los nombres sagrados se siguen sistemas especiales (48).

Los primeros manuscritos transliterados de uncial en minúscula son predominantemente de contenido científico y sagrado. También fueron transliteradas las obras de Aristóteles, Platón, Euclides, Estrabón, Luciano, Elio Arístides, Isócrates, Demóstenes, Jenofonte y Dión Casio.

Por lo que se refiere a los poetas, los manuscritos más antiguos son el *Venetus A* de la *Iliada* (*Marcianus gr.* 454), el *Laurentianus* 32,9, de Esquilo, Sófocles y Apolonio, el *Ravennas* 420, de Aristófanes, y el *Palatinus gr.* 23, que con el *Parisinus Suppl. gr.* 384, conserva la Antología Palatina.

Las características de estos códices *vetustissimi* en cuanto a técnicas de edición resultan fácilmente accesibles en la *praefatio* de las diversas ediciones modernas a cada uno de los autores. Sobre la actividad de Focio y Aretas, así como las características del *Laurentianus* 32,9, nos hemos ocupado en nuestra tesis doctoral (49). No es infrecuente en-

(46) J. LEROY, «Le problème de l'origine de la minuscule», *Scriptorium*, 15, 1961, págs. 55-60; G. CAVALLO, «La koiné e l'origine de la minuscola greca», *Bulltino dell'archivio Paleografico Italiano*, II, III, 1963-64, págs. 105-108; O. KRESTEN, «Litterae Longariae, quae graece syrmatata dicuntur», *Scriptorium*, 24, 1970, págs. 305-317; J. IRIGOIN, «Pour une étude des centres de copie byzantins», *Scriptorium*, 12, 1958, págs. 208-227; 13, 1959, págs. 177-200.

(47) T. W. ALLEN, *Notes on Abreviation in Greek Manuscript*, Oxford, 1896, y G. CERETELL, *De compendiis Scripturae Codicum Graecorum...*, Petrópoli, 1896, reimpr. Hildesheim-New York, 1969.

(48) L. TRAUBE, *Nomina sacra. Versuch einer Geschichte der Christlichen Kürzung*, München, 1907. Para las abreviaturas de términos científicos, cf. DU CANGE, *Glossarium ad Scriptores Mediae et Infimae Graecitatis*, reimpr. tom. I-II, Graz, 1958.

(49) *Scholia in Aeschlyi Septem*, Salamanca, 1975, vol. I, págs. 75-82 y 103-108.

contrar, a veces, extensas monografías dedicadas a un solo manuscrito o a la tradición manuscrita de un determinado autor. Nuestro objetivo principal evidentemente lo constituye el estudio de los métodos de crítica interna, pero ésta, hoy en día, no se puede separar de la historia de los textos. Y si la historia de la mayor parte de los textos griegos en prosa está todavía sin hacer, no podemos decir lo mismo acerca de los estudios relativos a la tradición manuscrita de los poetas. Obras como los estudios sobre la tradición manuscrita de los trágicos de A. Turyn (50), R. Aubreton (51), A. Tuilier (52), A. Wartelle (53), G. Zuntz (54), V. Benedetto (55), R. Dawe (56), etc., constituyen una de las principales aportaciones de la Filología de nuestro siglo. El estudio de Irigoin (57), sobre Píndaro es modélico en su género. No menos importantes son las aportaciones de A. Dain (58), Livardas (59) y J. Martin (60). Antiguadas resultan ya las obras de H. Aline (61) y B. Hemmerdinger (62), esta última por haber sido muy discutida, así como el estudio de P. Boudreaux (63).

Todos estos trabajos abordan cuestiones de orden general y tratan aspectos particulares, a partir de datos concretos. Pero, indiscutiblemente, contienen un planteamiento idóneo para aclarar las técnicas y procedimientos seguidos en las ediciones del primer humanismo de los siglos IX y X y el renacimiento de los siglos XIII y XIV.

Si la transliteración constituye uno de los fenómenos más importantes para la crítica de los textos griegos, todavía no está solucionado

---

(50) Cf. citas 20 y 45 de este artículo y, además, *The Manuscript Tradition of the Tragedies of Aeschylus*, New York, 1943.

(51) *Demetrius Triclinius et les Recensions Médiévales de Sophocles*, París, 1949, págs. 17 y ss.

(52) Cf. cita 6 de este artículo y, además, *Etude comparée du texte et des Scholies d'Euripide*, París, 1968.

(53) Cf. cita 5 de este artículo.

(54) Cf. citas 16 y 77 de este artículo.

(55) *La tradizione manoscritta euripidea*, Padova, 1965, pág. 147.

(56) *The Collation and Investigation of Manuscripts of Aeschylus*, Cambridge, 1964.

(57) *Histoire du texte de Pindare*, París, 1952.

(58) *La tradition du texte d'Héron de Byzance*, París, 1933; *Histoire du texte d'Elie le Tacticien des origines á la fin du Moyen Age*, París, 1946.

(59) *Historia del texto de Hesiodo*, Atenas, 1963 (en griego).

(60) *Histoire du texte des «Phénomènes» d'Aratos*, París, 1955.

(61) *Histoire du texte de Platon*, París, 1915.

(62) *Essai sur l'histoire du texte de Thucydide*, París, 1955. Véase también la obra de A. KLEINLOGEL, *Geschichte des Thukydidestextes im Mittelalter*, Berlín, 1965.

(63) *Le texte d'Aristophane et ses commentateurs*, París, 1919. Véase también el libro de F. VIAN, *Histoire de la tradition manuscrite de Quintus de Smyrne*, París, 1959.

el problema relativo a la cronología de la misma. Se trata de una cuestión importante, ya que si hubo una transliteración tardía en determinados manuscritos *recentiores*, éstos merecerían una mayor atención. Sabemos que la transliteración en el mundo griego comenzó hacia el 850. Esta es la tesis de Dain (64). También es opinión común la tesis de que la transliteración ha durado por lo menos dos siglos (65). Pero no se puede determinar con exactitud en qué momento ha concluído. Nos parece acertada la tesis de Pasquali (66), quien sostiene que una misma obra puede haber sido copiada de uncial en minúscula más de una vez. R. Browning defiende una fecha muy temprana para la transliteración de los trágicos: Primera mitad del siglo IX (67), pero en un artículo importante (68), sostiene que durante el renacimiento de finales del siglo XIII y principios del XIV se hicieron nuevas transliteraciones.

Irigoin admite tres transliteraciones en el texto de Píndaro y dos en el de Sófocles y el mismo Dain, decidido partidario de la unidad de ejemplar transliterado, a partir del cual derivaría la tradición medieval, se ve obligado a admitir algunas excepciones en el texto de Eliano el Tático. Dos transliteraciones admite también para Eurípides, V. di Benedetto (69).

Es evidente que hasta nosotros han llegado muy pocos manuscritos de autores clásicos en uncial, pero esta comprobación no implica en modo alguno que los manuscritos en uncial hacia 1300 fueran tan escasos como hoy. Y si muchos códices *recentiores* conservan lecturas coincidentes con los papiros y éstas no se encuentran ni en los códices *vetustissimi* ni en los *vetusti*, resulta completamente verosímil la suposición de que dichas lecturas proceden de una transliteración tardía, al menos en aquellos casos en que los minúsculos no proceden de otros códices anteriores ya transliterados. Veamos ahora el procedimiento que seguían algunos maestros bizantinos en el establecimiento de sus textos.

## 8. EL MAESTRO ANONIMO DEL SIGLO X, EUSTACIO DE TESALONICA Y EL COPISTA DEL PARISINUS GR. 2787.

Entre los numerosos ejemplos que podrían aducirse para estudiar los procedimientos de crítica textual en el mundo bizantino, vamos a

(64) *Les Manuscrits*, pág. 135.

(65) A. DAIN, *Op. cit.*, págs. 121 y ss.; J. IRIGOIN, *Histoire du texte de Pindare*, páginas 123 y ss.

(66) *Storia della Tradizione*, pp. 15, ss.

(67) Cf. *REG*, 81, 1968, pp. 401-410.

(68) "Recentiores non deteriores", *BICS*. 7, 1960, pp. 11-21.

(69) *Op. cit.*, p. 147.

concentrar nuestra atención en tres maestros que trabajan de modo idéntico, reservando otro apartado para Demetrio Triclinio, que supone una innovación y perfeccionamiento de técnicas anteriores dentro de la crítica bizantina.

a) EL MAESTRO ANÓNIMO

Conservamos las cartas de un anónimo profesor del siglo x (70) y una de ellas, concretamente la carta número 88, a la que pensamos dedicar un comentario más extenso, nos muestra los procedimientos seguidos por este maestro en el establecimiento de un texto de un padre de la Iglesia, encargo que recibió del Patriarca de Constantinopla. Dicho maestro compara varios manuscritos para elegir entre sus lecturas la que le parece más apropiada y nos resume las normas que le guiaban en esta elección: «Elegí, principalmente, aquellas lecturas que no contradecían el sentido ni menoscababan el razonamiento, ni suprimían la fuerza de la argumentación, ni sostenían la opinión contraria al padre».

El procedimiento de comparar varios manuscritos y elegir entre sus lecturas parece que fue la norma general en el mundo bizantino, desde los tiempos del primer helenismo. Así se observa en el texto de Plutarco, que reúne lecturas de varios manuscritos, en este anónimo profesor del siglo x, en Eustacio, en el copista del *Parisinus* 2787, y en el de Demetrio Triclinio, que utiliza la recensión planudea, copias de las ediciones de Manuel Moscópulo, Tomás Magister, y algunos manuscritos más para establecer el texto de Píndaro (71).

b) EUSTACIO DE TESALÓNICA

La metodología y los procedimientos que siguió Eustacio de Tesalónica en el siglo XII, en sus comentarios a la *Iliada*, de Homero, cuyos autógrafos conservamos, nos ilustran adecuadamente sobre el modo de hacer una edición en su época (72).

En primer lugar Eustacio copiaba el texto poético de Homero y en el margen de cada folio los comentarios propiamente dichos, precedidos de los *lemmata* de términos homéricos que trataba de explicar. Una síntesis de estos comentarios la realizaba frecuentemente en el margen

(70) Cf. la edición y estudios de LAOURDAS y BROWNING, en *Ἀθηνά*, 24, 1954, págs. 176-198; *Byzantion*, 24, 1954, págs. 397-452; *Ἐπετ. Ἐτ. βυς. Σπ.*, 27, 1957, págs. 151-212.

(71) J. IRIGOIN, *Histoire du Texte de Pindare*, págs. 331-364.

(72) M. VAN DER VALK, *Eustathii comentarii ad Homeri Iliadem pertinentes*, Lugduni Batavorum, vol. I, págs. XIII-XV, XLVIII.

exterior de cada folio para poner de relieve algún aspecto retórico o gramatical, con el fin de que el lector pudiera consultar con facilidad lo más útil. Eustacio recogía en estos márgenes exteriores distintas lecturas del texto de la *Iliada* (*variae lectiones*) que quedaban igualmente destacadas.

Reservaba los márgenes superior e inferior de cada folio para diversas materias que incorporaría en años sucesivos a medida que consultara nuevos manuscritos. Todos estos añadidos son obra de Eustacio, ya que fueron copiados por la misma mano que escribió el texto del resto del comentario y porque presentan las mismas abreviaturas e idéntica norma en la colocación de acentos y el mismo procedimiento para señalar las diferentes lecturas. En éstas, a veces, la lectura diferente está escrita en otro tipo de tinta.

Eustacio tenía siempre entre sus manos el comentario que había compuesto y elaborado en Constantinopla y cuando encontraba en otro manuscrito una anotación digna de conservarse, la insertaba en el margen del códice, frente al pasaje que trataba de esclarecer. Por eso, el autógrafo de Eustacio no constituye una sola edición compuesta en un solo momento, sino que representa el ejemplar personal del maestro que volvía una y otra vez sobre el texto de su libro. Con este mismo procedimiento se escribieron la mayor parte de los códices medievales de los poetas de la antigüedad. Los cambios de tinta indican muchas veces los sucesivos trabajos de un maestro que, constantemente, trataba de renovar el texto y el comentario. No faltan ejemplos de códices en los que se observa la intervención de diversos copistas. Así, pues, todo manuscrito era por lo general una edición abierta que no siempre se escribía definitivamente en una sola vez.

Los añadidos no solamente afectan al comentario marginal o a las *variae lectiones*, sino además a las notas que Eustacio escribía sobre las líneas del texto poético. En efecto, Eustacio traducía los versos de Homero mediante una paráfrasis, y, a veces, ésta era acrecentada con nuevas notas o añadidos.

Frecuentemente, el orden en que se presenta el comentario no corresponde a la secuencia de los versos y puede suceder que un escolio que se halle en el último lugar del margen inferior de una página corresponda al primer verso de la misma. Esto no solamente sucede en los manuscritos de Eustacio sino, además, en otros códices de diferentes autores, como es el caso del *Marcianus gr.* 468 (olim 653) de Esquilo (V), escrito en el siglo XIII.

Eustacio cita, a veces, los autores que le han servido como fuente

para sus notas; en la mayor parte de los casos, sin embargo, guarda silencio. Lo mismo ocurre en otros comentaristas bizantinos editores de diferentes poetas. Se trata de un hábito que remonta a una vieja costumbre: los maestros y doctos comentadores deseaban imitar a otros más sabios que ellos y aportan como fruto de su propia actividad aquellas notas que tomaban de determinadas fuentes, sellando los nombres de los verdaderos autores con un silencio impenetrable. Así procedieron Tzetzes (73) y los escoliastas de otros poetas, que con mucha frecuencia perturban y mezclan diversas fuentes, hasta el punto de que hoy nos resulta imposible discernir el origen de la mayor parte de los comentarios. Este procedimiento lo han seguido también los lexicógrafos (74) y si tenemos en cuenta que los escoliastas tomaban sus notas de los léxicos y que a su vez los lexicógrafos se servían de los escolios (75), resultará con toda evidencia la imposibilidad de determinar el origen tanto de los léxicos como de los escolios, compuestos en época bizantina.

Hay ediciones que presentan una serie de características comunes, bien porque vieran la luz en el mismo *scriptorium*, bien por haber tenido como modelo el mismo ejemplar, o bien por ser obra de la misma persona. En cualquier caso, es frecuente que cada manuscrito constituya una edición peculiar y distinta, sobre todo si es obra de un gran maestro que no se ahorró fatigas en la búsqueda y comparación de sus fuentes. Esta es, pues, la principal tarea del crítico bizantino y este procedimiento que hemos visto en el maestro anónimo del siglo X y en Eustacio de Tesalónica durante el siglo XII, se puede observar también en otro gran maestro.

c) EL ANÓNIMO EDITOR DEL PARISINUS GR. 2787 (P DE ESQUILO)

El códice, que contiene la tríada, pertenece al siglo XIV y constituye una prueba más de la diligencia y cuidado con que el autor estudia las diferentes notas y recoge las diversas lecturas, tomándolas de distintos manuscritos y de otras fuentes. Sus comentarios superan en amplitud al resto de los manuscritos de Esquilo. El editor buscó nuevos sinónimos para los escolios de la tradición antigua e intercaló numerosos pasajes que faltan en los otros códices. El manuscrito, obra de un erudito e incansable profesor, presenta una serie de rasgos que de-

(73) WENDEL, *RE*, VII, A, pág. 2007.

(74) H. ERBSE, *Untersuchungen zu den Attizisten Lexika*, Berlín, 1950, págs. 11 y ss.

(75) G. MOROCHO GAYO, «Consideraciones en torno a la *Collectio Vocum Atticarum*, de Manuel Moscópulo», *Emerita*, 45, 1977, págs. 153-169.

muestran sucesivas intervenciones en las que iba incorporando nuevo material a medida que encontraba otros manuscritos. Este procedimiento filológico de los bizantinos se denomina en los modernos manuales de crítica textual contaminación horizontal.

A veces la tarea de búsqueda y comparación de fuentes no se limitaba a los códices de la obra de un autor determinado, sino que, además, se recurría a manuscritos que contenían obras de otros escritores y trataban de tema similar. Esto es lo que hace el escriba del *Parisinus Suppl. gr.* 110, de Esquilo, que incorpora en el *argumentum ad septem* elementos tomados de manuscritos pertenecientes a obras de Eurípides.

## 9. OTRAS CARACTERISTICAS DE LAS EDICIONES BIZANTINAS

En lo que se refiere a puntuación y acentuación los editores bizantinos se apartan de lo que hoy en día consideramos como norma corriente. A veces, distinguen no solamente las partes de la frase sino, además, dos términos semejantes que tienen un sentido diferente. En determinadas circunstancias señalan dos palabras que deben leerse como una sola *δορικλυτός* y en palabras, en las que nosotros utilizamos el acento circunflejo, los bizantinos emplean el paroxítono, por ejemplo, *τεχνίται, ἀναδύναι, ρίψαι, θάσσον*.

Palabras tan frecuentes como *πολίται* y *κράσις* aparecen casi siempre acentuadas con paroxítono. Otras veces el uso del acento es fluctuante, por ejemplo, en *κωλύσαι/κωλύσαι*. Este hecho se debe a que los bizantinos no distinguían bien la vocal de dos tiempos. Igualmente es diferente la norma con la que escriben las enclíticas monosilábicas, que transfieren su acento a la palabra paroxítona. Términos como *εἴπερ ὁ περι τόδε, οὔτε, μήτε, μηδέ* aparecen como si fueran dos palabras *ὁ περιτόδε*, etc...

Los errores cometidos por los escribas se corregían escribiendo las letras sobre el texto, señalando al mismo tiempo las letras defectuosas con puntos debajo de las mismas. Otras veces se omiten estos puntos y se corrige el error escribiendo encima del término defectuoso la palabra correcta. Cuando existe una laguna o no se sabe leer el modelo, se dejan espacios libres o bien aparece la palabra *ζήτει*.

El empleo de *variae lectiones* se encuentra en gran número de códices a diversos autores. Estas pueden ir, o bien en el margen o bien sobre el texto mismo, ya sea precedidas del vocablo *γράφεται*, ya de alguna marca o de ninguna.

Cuando se formula una conjetura suelen escribirse sobre ella las

diferentes lecturas o se justifica la innovación en el escolio o no aparece ninguna indicación.

Son estas algunas de las principales características de las ediciones bizantinas, cuyo objetivo principal era la enseñanza escolar y el comentario de los grandes poetas del pasado. Sólo sumariamente indicaremos las diferentes características y los diversos procedimientos que distinguían el quehacer filológico de un Máximo Planudes, de un Moscópulo, de un Magister o de un Triclinio. Sus ediciones anotadas o comentadas han sido objeto de estudio pormenorizado por parte de los historiadores de los textos y de muchos editores modernos. Tales ediciones constan fundamentalmente de texto poético, escolios marginales y glosas interlineales, estas últimas escritas a menudo con tinta diferente. Este tipo de edición se desarrolló a partir del siglo XIV y perduró hasta el fin del Renacimiento. Pero veamos antes las causas externas que motivaron y generalizaron un determinado quehacer filológico.

#### 10. CONSECUENCIAS DE LA CRUZADA DE 1204 Y EL NUEVO MATERIAL DE ESCRITURA

La conquista de Constantinopla por los cruzados en 1204 constituye un hito importante para la historia de la filología y de la crítica. La capital del Imperio deja de ser el centro oficial de copia de manuscritos, así como el centro más importante de enseñanza. En efecto, la enseñanza de la Universidad de Constantinopla, desde su reorganización por César Bardas en el siglo IX se había inspirado constantemente en la tradición antigua. La filosofía y la gramática ocupaban el primer lugar, y por esta última hay que entender todo lo que llamamos hoy filología, no solamente la gramática en sentido estricto, es decir, métrica, lexicografía, comentario, y, con frecuencia, estudio crítico de los textos antiguos (76). La toma de Constantinopla por los cruzados en 1204 y por los turcos en 1453 fueron fatales para muchos textos antiguos, ya que hubo una quema de bibliotecas, una dispersión de manuscritos, y, si los métodos de enseñanza no cambiaron radicalmente, motivaron al menos la aparición de una serie de circunstancias nuevas para su desarrollo.

Una consecuencia de la invasión bárbara de 1204 fue el desplazamiento de la actividad cultural de Constantinopla a Nicea y la reproducción y estudio en esta ciudad de los manuscritos durante cincuenta años. En Nicea se establecieron también los emperadores de la dinastía Lás-

---

(76) C. DIEHL, *Op. cit.*, pág. 209.

caris (1204-1261) e hicieron de ella el centro político y cultural más importante del mundo bizantino. En esta ciudad de Asia Menor se organizó la educación según el modelo de Constantinopla. Pero la reinstauración de los estudios en la ciudad del Bósforo después de 1280 constituyó un hecho realmente revolucionario en el orden filológico. Desde 1280 a 1300 se produce una afluencia nueva de manuscritos a Constantinopla, procedentes de las diversas regiones del Imperio. Sin duda que el avance turco en Asia Menor motivó esta afluencia de manuscritos a la capital desde las bibliotecas monásticas. Así se deduce de las cartas 67 y 69 de Máximo Planudes (77). En 1265 la Academia Patriarcal compró manuscritos en Palestina, y Miguel VIII, deseoso de entablar contactos con Occidente y de llevar a cabo la unión de las Iglesias parece que adquirió manuscritos en Roma. Estos procederían de los manuscritos griegos copiados en el siglo VIII, en la corte papal, y, sobre todo, de los monasterios griegos del sur de Italia, principalmente de contenido teológico. Igualmente, Miguel VIII, el Paleólogo (1259-1282) dio orden de que muchos manuscritos fueran llevados a la capital. Pero es difícil hacernos una idea del contenido de estos manuscritos y de la riqueza de las bibliotecas, ya que faltan inventarios. Nicéforo Moscópulo, tío de Manuel y metropolitano de Creta, nos dice que para transportar una biblioteca se precisaron once mulas, y Planudes habla de un antiguo manuscrito de Diofante reencontrado por Teodoro Muzalón y restaurado por él, procedente de una lejana biblioteca (78).

Es también a partir de 1280 cuando comienza a generalizarse el uso del papel como sucedáneo del pergamino (79). El nuevo material de escritura, más abundante y más económico, favorecería notablemente la producción y difusión de manuscritos de medio y pequeño tamaño. En el mundo griego los manuscritos de finales del siglo XIII y primera mitad del XIV aparecen por lo general escritos a dos columnas y a veces en tres, como sucede en el *Parisinus gr. 2712*, de Eurípides, Sófocles y Aristófanes. Ello es indicio del período de crisis económica por el que atraviesa Bizancio. La escuela, que como hemos visto, nunca dejó de ejercer una influencia importante sobre la tradición textual, desempeñará a partir de este momento una función primordial. Un gran número de manuscritos de los siglos XIV y XV procede de la escuela y se destina a la misma. Más que libros de aparato, los manuscritos de esta época

(77) Ed. de Treu de 1890.

(78) Cf. BROWNING, «Recentiores...», pág. 13 .

(79) J. IRIGOIN, «Les premiers manuscrits grecs écrits sur papier et le problème du bombycin», *Scriptorium*, 4, 1950, págs. 194-204; «Les debuts de l'emploi du papier à Byzance», *Byzantinische Zeitschrift*, 46, 1953, págs. 314-319.

son un instrumento de trabajo, de estudio y de aprendizaje. Hasta la segunda mitad del siglo xv no encontraremos manuscritos de gran formato en papel de exquisita calidad.

#### 11. LOS FILOLOGOS DEL RENACIMIENTO BIZANTINO Y DEMETRIO TRICLINIO.

Los grandes maestros bizantinos de la época de los paleólogos tuvieron, según sabemos hoy, la oportunidad de consultar manuscritos antiguos, incluyendo algunos en uncial. Hacían sus colaciones basándose tanto en estos manuscritos antiguos de textos clásicos como en las copias y estudios de sus contemporáneos.

La mayor parte de los escolios del códice *Genovensis* 44, de la *Iliada*, han sido transcritos de fragmentos de un manuscrito antiguo. Igualmente, la edición de obras alfabéticas de Eurípides que sobrevivió largo tiempo en Bizancio, con independencia de la selección, y que parece que no fue transliterada en minúscula hasta la primera mitad del siglo xii, es ahora nuevamente estudiada. Los idilios del *corpus teocriteum*, poemas XIX-XXX, sólo se conservan en manuscritos de este período, siglos xiv y xv. El códice escurialense  $\Sigma$  III.3, de Arato, que ofrece un buen número de lecturas peculiares, es para J. Martin un manuscrito de esta época copiado sobre un modelo antiguo. Durante este renacimiento bizantino se multiplican las copias de códices que contienen las diversas tríadas de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes.

Todos estos hechos nos permiten sostener la idea de que a partir de 1280 se inicia un nuevo período en la historia de la filología. Por otra parte los manuscritos *recentiores*, como actualmente se denomina a los códices de este período contienen, además de textos nuevos, muchas lecturas excelentes que vienen a corroborar la hipótesis hoy en boga de que *recentiores, non deteriores*, frente a la hipótesis de Lachmann y los filólogos del siglo xix y primer cuarto del xx. En efecto, los profesores de los siglos xiii y xiv tuvieron en sus manos ejemplares antiguos y no sólo se limitaron a formular nuevas conjeturas, como de ellos afirmaron los filólogos del siglo xix, para quienes estos códices estaban interpolados por presentar un número mayor de eslabones entre el arquetipo y los códices conservados más antiguos.

Los papiros han venido a demostrar que los códices de los siglos xiii y xiv contienen con frecuencia la lectura genuina, y la historia de los textos ha evidenciado que muchos de estos códices derivan de manus-

critos más antiguos, accesibles a los profesores en el último período del imperio bizantino.

No obstante, no se pueden descartar en estos códices una serie de interpolaciones, obra de gramáticos anónimos, y ello se comprueba incluso en las ediciones de autores conocidos como Manuel Moscópulo, Tomás Magister y Demetrio Triclinio.

Las ediciones de Manuel Moscópulo se caracterizan, entre otros, por los siguientes hechos: 1.º, escolios característicos; 2.º, innovaciones en el texto poético frente a las lecturas antiguas de los códices *vetustissimi* y *vetusti*; 3.º, nuevos argumentos a las obras objeto de estudio. Así se deduce de los ocho manuscritos que se conservan de Moscópulo referidos a la tríada de Sófocles: *Ajax*, *Electra* y *Edipo Rey*. Frente a la de Moscópulo, la edición de Tomás Magister, de Sófocles, se caracteriza: 1.º, por reorganizar y corregir el texto; 2.º, por borrar las lecturas de Moscópulo, su antagonista, y, 3.º, por crear nuevos escolios.

Pero el más famoso de todos los filólogos de la época de los paleólogos fue Demetrio Triclinio, del que escribió Wilamowitz que «por su método es el primero de los filólogos modernos al enlazar con los principios heredados de los alejandrinos largo tiempo olvidados, y crear un nuevo tipo de quehacer que se desarrollará en Occidente a partir del siglo xv».

Veamos detenidamente cuáles son las principales características de la edición de Demetrio Triclinio, resumiendo las principales conclusiones de la monografía de Aubreton (80).

Como se comprueba en los escolios, Triclinio utiliza en sus ediciones manuscritos muy antiguos —πάνυ παλαιά— antiguos —παλαιά— frente a otros muchos manuscritos —πολλῶν βιβλίων— que, sin duda, pertenecen a su época. En el texto de Sófocles Triclinio nos ofrece una nueva *recensio* en la que a veces recoge lecturas del manuscrito L, otras veces del manuscrito A, y en ocasiones las lecturas se basan en manuscritos pretomanos o tomanos del tipo E y O. Triclinio, por lo tanto, no ha tenido un sólo manuscrito como modelo, sino que seleccionaba sus lecturas tomándolas de diversas fuentes. Así se atestigua en el *Parasímus gr.* 2711 (T), en donde se hallan una serie de lecturas particulares que los filólogos designan como lecturas de Triclinio. Este justifica con frecuencia en los escolios por qué ha elegido tal o cual lectura, o por qué ha modificado el texto con una conjetura.

La mayor parte de las conjeturas de Triclinio están en función de la métrica, ya que, como es sabido, este filólogo adoptó los principios

(80) *Demetrius Triclinius et les Recensions Médiévales...*, págs. 161 y ss.

métricos de Hefestión. Y en relación con estas reglas, Triclinio trata de establecer el texto que le parecía más correcto tomando lecturas de las tradiciones antiguas o contemporáneas, o bien formulando nuevas conjeturas para atenerse a dichos principios métricos.

En otros casos se puede comprobar que la elección no se ha hecho por razones métricas, sino por seguir las reglas de la gramática. Tanto la tradición antigua como la reciente ofrecía numerosas variantes ortográficas: Subjuntivo por optativo, indicativo por subjuntivo, indicativo por optativo, o bien un tiempo verbal por otro o una forma nominal por otra. Estos cambios ortográficos constituían diferencias morfológicas y sintácticas, que tenían que solucionarse mediante la correcta aplicación de las normas gramaticales. En las diferencias léxicas Triclinio suele operar modificando las palabras, pero el trabajo más importante lo constituyó el de tipo métrico, al introducir en las partes líricas bastantes modificaciones, ya que intentaba lograr una perfecta simetría entre la estrofa y la antístrofa.

La *responsio* para Triclinio tenía que ser exactamente rigurosa, sin admitir entre estrofa y antístrofa ninguna variación. Para conseguirlo suele emplear, entre otros, los siguientes procedimientos: Transposición de dos palabras, forma plena de una palabra elidida, alargamiento de una sílaba, abreviación o elisión de una forma, sustitución de una palabra por otra, introducción de una palabra en el texto o supresión de aquella que consideraba superflua, omisión de un verso, etc....

Con estos procedimientos Triclinio actúa como un verdadero filólogo. Con frecuencia, los modernos han rechazado sus lecturas y es indudable que muchas de ellas no satisfacen a la crítica actual, más exigente y mejor informada que la de su época. No se puede negar, sin embargo, que Triclinio ha tomado muchas lecturas de fuentes antiguas, y los pasajes que él trató de modificar son los mismos que ofrecen problemas a los filólogos modernos, los cuales se han visto obligados a formular conjeturas del mismo orden que las de Triclinio, cuya obra representa un notable esfuerzo de racionalización.

Si la filología moderna no acepta un gran número de conjeturas de Triclinio, porque éstas se basan en los principios de la métrica de Hefestión, no por ello queda invalidado su principio según el cual el texto de un poeta debe responder a la métrica.

Otra importante característica de la edición de Triclinio la constituye el empleo de signos para dividir el texto de las obras, según la naturaleza de los metros empleados, o para señalar su división en estrofas o diferentes sistemas. Triclinio utiliza cuatro signos colométricos:

- la parágrafos: →
- la coronís: —;
- la diplé: <
- el asterisco: ·x̄.

La *parágrafos* suele indicar el cambio de personajes y en un conjunto de estrofa, antístrofa y epodo, marca el fin de cada estrofa y antístrofa. También suele indicar los cambios de personaje en el interior de una estrofa.

La *coronís* se utiliza, por lo general, cuando salen los actores y el coro se queda sólo en la escena, o bien cuando sale el coro y son los actores los que quedan en escena. Triclinio, además la utiliza para indicar que los actores están dialogando en versos idénticos o bien cuando entra el coro o cuando varios actores entran en escena.

La *diplé* es un tercer signo crítico, que suele utilizar Triclinio cuando las partes corales no terminan en coronís. Heliodoro, autor del siglo I p. C., empleaba la diplé cuando el cambio era de naturaleza métrica y no rítmica, es decir, en el final de la estrofa, cuando ésta y la antístrofa están separadas por un elemento lírico intercalado, que Triclinio denomina «*systema katà perikopén*».

El *asterisco* marca el fin de una parte lírica y el cambio de metro. En los escolios «*perì métron*» Triclinio alude a todos estos signos críticos. Nunca los editores antiguos señalaron el fin de kôlon sin que éste coincidiera en fin de palabra y Triclinio ha seguido esta norma.

En suma, el filólogo a quien Wilamowitz denominara el primero de los modernos nos ha informado sobre las divergencias de la tradición manuscrita antigua y la de sus contemporáneos; convencido de que en muchos pasajes el texto estaba corrupto, trató de restaurarlo, y sus correcciones las hizo conforme a principios hoy inadmisibles, resultando válida la idea general de que la crítica verbal en las obras poéticas tiene que armonizar con el verso.

El objeto principal de sus comentarios era justificar las nuevas lecturas que introducía en el texto. Sus ediciones tienen más o menos los mismos méritos y deméritos de las de su época, pero hay algo nuevo en este pionero en lo cual es necesario insistir: la corrección del texto tomando como base la métrica.

Con Demetrio Triclinio la filología bizantina puede decirse que conoció su zenit. Cuando en 1453 los turcos conquistan Constantinopla, los maestros bizantinos habían enseñado ya el griego en Occidente. Y a partir de este momento será en Italia y el resto de Europa donde

la crítica textual conocerá nuevos progresos y logros. Estos no constituyeron una ruptura con la obra de los bizantinos, ni los maestros renacentistas crearon algo nuevo *ex nihilo*, más bien eran conscientes de la herencia y dependencia de los grandes filólogos de Bizancio, pero sobre este punto versará nuestra próxima exposición.

Murcia, diciembre de 1979.